



tierra

CANARIA

Nº4





Condal

FORMA PARTE DE
TIERRA CANARIA



Porque la industria tabaquera canaria,
es vínculo inseparable de esta Tierra,
de su economía, de su industria, de su historia...

En 1885 nace FAVORITA.

Más tarde y con sus labores de CONDAL,
comenzarían a escribirse las más brillantes páginas
de la historia tabaquera canaria.



PRÓLOGO

Con un nuevo fascículo en sus manos, vamos ayudándole a encontrar el gusto por el estudio de la Tierra Canaria. No hemos querido soslayar ningún tema, ni dejar de desbrozar todos los caminos que lleven al mejor entendimiento de lo que fue, pero, sobre todo, de lo que es y debe ser el archipiélago canario en esta hora prometedora y esperanzada de su acontecer en la Historia.

Por ello, hemos vuelto, de nuevo, a buscar en el pasado, como comenzamos a hacerlo en el fascículo primero, intentando explicar cómo el tiempo ha ido conformando este trozo español en el Atlántico, y cómo las vicisitudes de todo tipo han influido para que Canarias llegara a ser, para bien y para mal, lo que es hoy, en este umbral del año 2000.

En este fascículo cuarto, amigo lector, encontrarás la continuación de nuestra prehistoria, así como el comienzo de nuestra historia, con la conquista laboriosa de las islas.

Posteriormente, iniciada la tarea de hispanización de la colonia aborigen, continuaremos recorriendo los siglos, hasta llegar a las puertas del siglo XX. Ahí terminamos nuestra labor. Poco es lo escrito sobre nuestro siglo XX, desde el punto histórico. No entra en nuestra misión el emprender un trabajo tan arduo y serio, como es la reseña histórica de los acontecimientos más importantes de este siglo. Sólo nos contentamos con reflejar dicho vacío, y animar a nuestras jóvenes generaciones a emprender la tarea de rellenar ese hueco, para poder cimentar seriamente la experiencia que deben obtener las generaciones que han de seguirnos.

ÍNDICE

PREHISTORIA (Continuación) . . . 2

HISTORIA DE LA CONQUISTA

—Antigüedad y Edad Media . . .	3
—Siglo XIV	3
—Siglo XV	3
Conquista Lanzarote	4
Conquista Fuerteventura	5
Conquista Hierro	5
Conquista La Gomera	5
Conquista Gran Canaria	7
Conquista La Palma	9
Conquista Tenerife	10

HISPANIZACIÓN

—Siglo XVI	11
—Siglo XVII	12
—Siglo XVIII	12
—Siglo XIX	14

PREHISTORIA

(Continuación del Fascículo 1.º)

Vivienda

La habitación más simple de la cultura canaria es, sin duda, la cueva *sahúral*. Era ocupada por el antiguo sin hacer ninguna labor en su interior. Su descripción general sería inútil, ya que el tipo varía con cada cueva.

El segundo tipo de cueva es la *labrada*. El trabajo se realizaba ampliando las cuevas naturales o bien construyendo cuevas enteras. Procuraban localizarlas en las vertientes de los barrancos, en los estratos más blandos y fáciles de trabajar.

Este tipo de cueva tiene, por regla general, una distribución bastante uniforme. La parte del fondo, o la pared principal, estaba ocupada por el *shogars*. En ella estarían apoyadas las cerámicas y los alimentos que eran recolectados y guardados. Este *shogars* suele ser una gran sala que servía, además, como lugar de reunión y descanso del grupo familiar. A los lados de las cuevas encontramos galerías que servían de silos, en cuyos fondos, o a los lados de la sala principal del silo, se situaban unas alacenas, donde guardaban las mujeres el ajuar familiar.

Entre las cuevas labradas de este segundo grupo, véase el caso de Guayadeque en la isla de Gran Canaria. Está localizada en una pared a bastante altura. Dentro de ella se puede interiormente subir hasta una altura de 100 metros por encima de la entrada.

El último tipo de cueva trabajado por el antiguo poblador de las Canarias son los *silos*. Pequeñas cuevas en donde se guardaba el grano recolectado cada año. Estos silos, consistentes en pequeñas agrupaciones de cuevas, que pertenecían a cada familia, estaban cuidados por un guardián, responsable de los graneros, y amenazado por un castigo muy duro, ya que la falta de alimentación entre estas gentes, es conocida y narrada por los historiadores como algo muy grave.

En la isla de Gran Canaria existe un tipo de construcción con planta interior cuadrada, y circular en la exterior, cuyas paredes son de piedra seca y cuyo techo estaría probablemente cubierto de pieles.

Por último, hablaremos de la *casahonda*, original de Lanzarote. Recordemos geológicamente que es una isla en donde el mal país cubre grandes extensiones de lava volcánica, casi en horizontal y sin defensas en el terreno en donde esconderse, si alguien a lo lejos quisiera verlos.

Consiste ésta en un pozo hecho en el terreno, en perpendicular al suelo. Suele tener una entrada angosta y hay que penetrar de uno en uno. Al metro o metro y medio, cambia la perpendicular por la horizontal, teniendo la cueva una anchura por la que cabe exactamente una persona. Esta especie de galería da a una sala que tiene de altura un metro poco más o menos. La vida en ellas se tendría que realizar casi en cuclillas. A los lados de la sala, una serie de compartimentos que servían de variado uso, y principalmente de despensas. Por último, tiene al fondo de la gran sala una galería de escape, más camuflada aún que la anterior.

Ganadería. Agricultura

El conocimiento en Canarias de restos de cabras y cerdos, encontrados en yacimientos de todas las islas, hizo pensar también a algunos arqueólogos en la posibilidad de existencia de ganado lanar. El doctor Zeuner estudia esta posibilidad y nos habla de un tipo de cabra, encontrada en Jericó, propia de este período neolítico. Cabra ésta con cuernos retorcidos, helicoidales, siendo este animal para algunos arqueólogos una oveja de pelo corto, que junto con el cerdo, formaron la ganadería canaria.

El perro es otro animal que llega con los primeros pobladores a estas islas, y que habrá momentos que forme verdaderas jaurías. Al decir de los historiadores, hacían verdaderos destrozos, aun en

contra de las personas que habitaban las islas.

El cultivo más general de las islas fue la cebada, pues aunque se conoció el trigo y las habas, el rendimiento de la cebada en el campo y, en un cultivo tan primitivo, en el que lo único que se usaba para trabajar la tierra eran las manos y los cuernos de las cabras, es mucho mayor que cualquier otro.

Comida

La pobreza de la dieta canaria ha sido expresada por el doctor Serra Rafols, quien afirma que la comida que alimentó a estas gentes fue bastante escasa. En realidad la podemos resumir así: la leche, el queso y la carne, siendo ésta de cerdo, cabra y perro. Además rompían los huesos de estos animales para comer el tuétano. Los granos conocidos fueron el trigo, la cebada y las habas. Y como decíamos antes, la cebada será el grano que más se usó.

Las frutas recolectadas eran el madroño, moras, el mocón y el piñón del *Pinus Canariensis*.

Se conocía el gofio, el cual se hacía de tres clases de productos diferentes: el trigo, la cebada o las raíces de helechos. También se recolectó en Canarias todos los tipos de moluscos que existían en las playas y en los charcos. Por último comerían todo tipo de animal o ave que pudiesen coger.

Medicina

Las medicinas y enfermedades que sufrieron los canarios, es un capítulo de nuestra prehistoria aún no muy estudiado. Recorriendo los Museos de las islas, vemos que sufrieron rupturas de todo tipo de hueso, que después soldaron o no. Curiosas resultan algunas especies de escarificaciones que tienen algunos cráneos del Museo Canario. Se ven, además, unas especies de trepanaciones, en forma circular, que, según el parecer de un historiador canario, se observa claramente que ha sido interiormente retocado el hueso del cráneo.

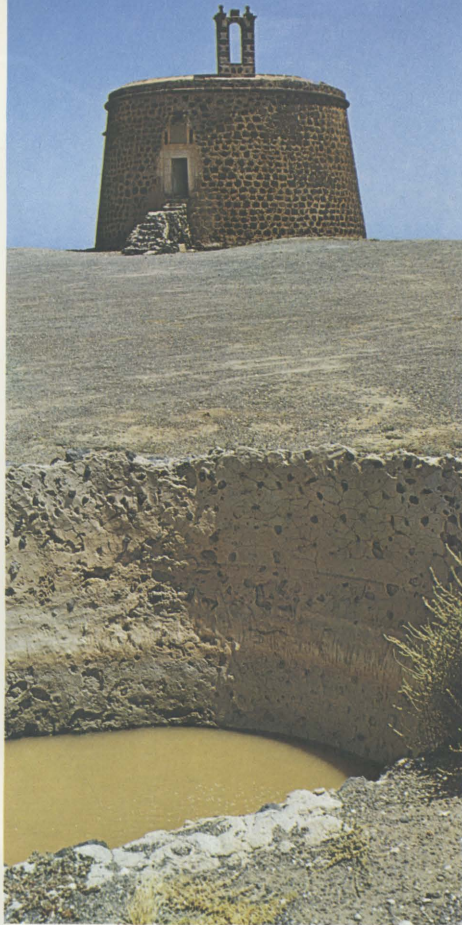
La edad media del canario oscila entre los 40 ó 45 años. Larga vida si pensamos en un pueblo neolítico.

Tumbas

Los enterramientos en las Islas Canarias son de tres tipos: en tierra, en cuevas y en túmulos.

El enterramiento que merece un estudio especial es el que realizaban en cuevas, pues en este tipo de enterramiento se usó la momificación. No el tipo de momificación que conocieron los pueblos del Nilo, entre los cuales se le quitaba a los cadáveres las partes blandas. En Canarias la momificación es un trabajo diferente, en donde los cadáveres, a base de ser expuestos al sol y por medio de la deshidratación, se logra la momificación. La labor posterior es una especie de ornamentación al muerto, pues las partes que quedaban huecas eran rellenas con plantas y semillas olorosas y se cubrían a su vez con una esterilla. Por último se cubría al cadáver con pieles cosidas que, formando capas, indicaban una diferencia social al aumentar éstas.





HISTORIA DE LA CONQUISTA

Ahora nos introduciremos por el campo histórico, por todo aquello que ha sido narrado y escrito desde la antigüedad.

Antigüedad y Edad Media

Pasando por alto todas las denominaciones semimitológicas que recibieron las islas en la antigüedad, la primera reseña histórica sería la encontramos en la expedición de Juba, rey de la Mauritania. Éste las describe pobladas por palmeras y pinos, productora de miel, y, sin duda, habitadas, pues hay vestigios de edificios. Todo ello se recoge en la Historia Natural de Plinio, historiador romano, que vivió en el siglo primero de nuestra Era.

En la Edad Media, con su significado piadoso, surgen diversas leyendas sobre Canarias. Entre ellas destaca la del monje irlandés San Brandán, cuyo periplo por imaginarias islas duró siete años, y de cuya leyenda arranca la famosa isla de San Borondón.

Siglo XIV: El rey de las Afortunadas

Pasada la Edad Media, durante el siglo XIV, las Canarias surgen de nuevo, pero esta vez sería como cantera de esclavos, de la cual se suministran los piratas andaluces, mallorquines, vizcaínos y de otras procedencias. Su notoriedad incita al infante don Luis de la Cerda a solicitar del Papa Clemente VI, el ser investido rey de las Islas Afortunadas, allá por los años 1344. La coronación fue una auténtica mascarada, al decir de los historiadores, y el príncipe de las Afortunadas tuvo que contentarse con su nombramiento, pues nunca llegaría a tomar posesión, ni a pisar el archipiélago.

Siglo XV: Las conquistas

A comienzos del siglo XV, en 1402, se inicia la empresa de colonización de las islas, acometida por dos caballeros franceses: Juan de Bethencourt y Gadifer de la Salle.

Juan de Bethencourt, de origen normando, era dueño de varios feudos y barón de Saint-Martin-le-Gaillard. Casó con Juana de Fayel, pero no tuvieron descendencia. Se cree que la noticia que tuvo de las Islas Canarias fue debido a cierto conocimiento que tenían de ellas aventureros franceses que acompañaron al español Álvaro Becerra en sus labores de piratería. Un tío de Bethencourt, denominado Roberto de Bracamonte, y que residía en la Corte de Castilla, fue quien le animó a la empresa canaria.

Llevaron consigo, como intérpretes, a dos jóvenes canarios, llamados Alfonso e Isabel, procedentes de Lanzarote, y esclavizados por antiguos piratas franceses. Igualmente les acompañan como capellanes y cronistas, el franciscano Bôitier y el presbítero Juan Le Verrier. El embarque se produjo en el puerto de La Rochela, el primero de mayo de 1402. Llevaron consigo pilotos y marinos que ya conocían el rumbo de las islas. El último puerto que tocó Bethencourt fue el de Cádiz.



Conquista de Lanzarote

Los habitantes de Lanzarote se refugiaron en las montañas altas del interior. Pero al ver que Bethencourt no abandonaba la isla, prefirieron venir en son de paz al encuentro de sus enemigos, solicitando una entrevista, por medio de los intérpretes. Era entonces rey de Lanzarote, el tímido Guadarfía, que contaba con poco más de doscientos hombres; despoblación que se atribuye a los continuos saqueos de que era víctima, la más occidental de las islas, por parte de portugueses, italianos, franceses y españoles. Guadarfía expresó claramente que se sometía como amigo, pero no como súbdito.

Después de minucioso examen, Gadifer y Bethencourt se fijaron en una comarca estéril y desolada, que sólo tenía la ventaja de hallarse a orillas de la Bocaina, y enfrente de las costas de Fuerteventura. Se denominó a aquella comarca el Rubicón, por el color rojo de su suelo. En ella se levantó un castillo, y la primera iglesia del archipiélago, bajo la advocación de San Marcial, siendo también el primer asiento de la catedral de Canarias. Dejada allí una pequeña guarnición, Bethencourt y Gadifer embarcaron para Fuerteventura.

Primer intento de conquista de Fuerteventura

Se eligió la noche para trasladarse a Fuerteventura, con el fin de sorprender a sus habitantes y poder reconocer bien la isla. Pero los isleños, de nuevo, se habían refugiado en las montañas del interior. Al ver que no daban con ellos, Bethencourt hubo de reembarcar con destino a la isla de Lobos.

Tras esta primera experiencia, en la que se unían la desconfianza de los isleños, lo indisciplinado de las tropas de Bethencourt y su escaso número, así como la falta de recursos, Bethencourt decide marchar a España, en busca de nueva gente y más recursos, y trasladar allí los marineros descontentos. Gadifer permaneció en el castillo del Rubicón.

Feudo español: Bethencourt viaja a España

Llegado Bethencourt a Cádiz, después de algunas peripetias, fue recibido por el rey Enrique III, a quien le ofreció el feudo sobre las islas. Aceptó el rey, y confirmó a Bethencourt en el señorío de las islas, concediéndole al mismo tiempo el quinto de todas las mercancías que entrasen en la Península, el derecho de batir moneda y veinte mil maravedís para avituallar a la colonia.

Motines y bautizos en Lanzarote

Mientras tanto, en Lanzarote las cosas se habían complicado, con la presencia de naves piratas, a las que Berneval, encargado del gobierno político y militar de la colonia se había miserablemente vendido, ayudándole en sus capturas de esclavos. Ello, unido a las maquinaciones del nativo Asche, contra su rey Guadarfía, que acabarían con el apedreamiento y muerte en la hoguera de Asche, hizo que los franceses e isleños entablaran una lucha sin cuartel, que hizo pensar a Gadifer que ya no era posible una pacífica colonización.

Se determinó entonces exterminar a aquella raza indómita, y perdonar sólo a las mujeres y niños. Entonces los capellanes se apresuraron a bautizarlos, consiguiendo, al menos, que sus vidas fueran respetadas.

Coincidiendo con el bautismo mencionado, llegó a las islas la nave enviada por Bethencourt, portando cartas del mismo para Gadifer, dándole noticia de todo lo tratado con el rey Enrique III, cosa que no agradó mucho a Gadifer. A pesar de ello, y siguiendo las normas de la carta traida, determinó hacer un viaje de exploración por el archipiélago.

Viaje a las otras islas

La primera de las islas visitadas fue de nuevo Fuerteventura, donde se armó una refriega con los nativos, resultando prisioneras cuatro mujeres. Sin poder

hacer más, siguieron rumbo a Gran Canaria, portando a las prisioneras consigo.

Al llegar a Gran Canaria la nave fondeó entre Telde y Agüimes, entonces ocupados por una numerosa población. Desde una de las radas, vieron acudir a la playa a numerosa gente, casi en número de quinientos. Por medio de los intérpretes, se cambiaron frases amistosas y de paz. Se sintieron seguros los canarios, y veintidós de ellos subieron a la nave, llevando higos, y sangre de drago, cambiándolos por cuchillos y pedazos de hierro.

Dos días duró este pacífico comercio. Gadifer pensó en desembarcar para cumplir al rey de la isla, que se encontraba a cinco leguas de allí. Pero los canarios no permitieron que los tripulantes pisaran la playa, aprestándose al combate.

Gadifer averiguó que la Gran Canaria contaba con unos seis mil hombres armados, por lo que decidió alejarse de la isla en espera de mejores momentos.

Continuaron su periplo, y fueron a dar al Hierro, cuyas costas reconocieron, continuando a la Gomera, donde observaron hogueras en la playa. Descendieron e hicieron prisioneros a un hombre y tres mujeres. A la mañana siguiente, queriendo abastecerse de agua, intentaron desembarcar de nuevo, pero los gomeros repelieron bravamente la invasión.

Poniendo rumbo a La Palma, un viento contrario los llevó de nuevo al Hierro, permaneciendo en ella 22 días, y se apoderaron de cuatro mujeres y un niño, y avituallándose del ganado que encontraron: puercos, cabras y ovejas, que encontraron en abundancia. Ésta isla estaba igualmente deshabitada, por la presencia continua de piratas y buscadores de esclavos. Su dialecto no era conocido de los intérpretes que llevaban.

Por fin lograron poner rumbo a La Palma, en donde no lograron divisar a sus moradores, que hubieron al interior. Decidieron poner rumbo al Rubicón, en donde vararon a las cuarenta y ocho horas, sin tocar en ninguna otra isla. Duró esta excursión tres meses.

Situación lastimosa en Lanzarote y

Vuelta de Bethencourt

Mientras tanto en Lanzarote, la guerra, el hambre y la enfermedad había reducido a la población indígena, y los que no se rendían para ser bautizados, morían aislados en sus cuevas, o eran prisionados y vendidos como esclavos.

Llegó entonces Bethencourt, procedente de la Península española, y al tener noticia de ello Guadarfía, el rey, que todavía permanecía en las montañas con sus más fieles súbditos, conoedor del armamento y gente de refuerzo que traía Bethencourt, decidió bajar sin armas y entregarse sin condiciones a su generosidad.

Nuevo viaje a las islas

Las relaciones entre Bethencourt y Gadifer fueron frías, pues no le gustó a Gadifer el vasallaje rendido por Bethencourt al rey español. Para calmar esta desunión, y distraer la atención,

ordenó Bethencourt una nueva expedición a Gran Canaria, dejando al mando de ella a Gadifer, el cual salió de Lanzarote el 15 de julio de 1404, llevando tropas bien armadas y dispuestas a batirse con los belicosos canarios. Llegaron a la rada de Arguinegún, donde estuvieron fondeados once días, sin atreverse a desembarcar. Entonces llegó a bordo Pedro el Canario, que había quedado en anterior expedición en la isla, para cumplimentar al rey Guanarteame. Le acompañaban el hijo del rey y otros navios, manifestando deseos de cambiar sus frutos por anzuelos, hierro y abalorios. Al observar, dentro de la nave, que los extranjeros eran pocos, concibieron la idea de atacarlos. Después de algunas riuegas, y defraudados los conquistadores de la poca fidelidad de los canarios, intentaron ir a la playa a castigar aquella alevosía. En la playa les esperaban los canarios bien organizados y cubiertos con escudos, que habían quedado allí de anteriores despojos. Vistas las circunstancias, los de la nave tuvieron que retroceder y levar anclas, dirigiéndose a Telde, donde después de dos días, sin poder desembarcar, se dirigieron por fin de nuevo a Fuerteventura.

El mal gusto de este poco éxito en la pretendida conquista de Gran Canaria, malogró los ánimos entre Bethencourt y Gadifer. Ambos intentaron arrojarse el mando de la colonización. Para ello, partió cada uno en nave distinta para Sevilla, llegando a la vez. Gadifer ni se presentó al rey, al ver la acogida que Enrique III hacía a Bethencourt, nombrándole único feudatario. Desde entonces, Gadifer regresó a Francia, y se desconoce ninguna acción posterior suya en las islas.

Resolución de Fuerteventura

Bhencourt arriba de nuevo al Rubicón el 7 de octubre de 1404, llevando consigo toda clase de refuerzos, que aumentaron su prestigio. Se trasladó inmediatamente al fuerte de Rico Roque, en Fuerteventura, pero una desafortunada escaramuza con los nativos da al traste con este fuerte, quedando desmantelado y saqueado por los nativos. Bethencourt tiene que huir a Valtarajal. Mientras tanto los nativos incendian Kico Roque y algunos almacenes de víveres, vinos y pertrechos de guerra situados en Jardines. Mientras tanto, Bethencourt se prepara con su gente, y los cae encima desbaratándolos en varias escaramuzas, y cogiendo numerosos prisioneros, que son trasladados a Lanzarote.

El rey que entonces reinaba en Maxorata, denominado Guize, y en Janúa, denominado Ayoze, determinaron bautizarse y rendirse a Bethencourt. Bethencourt los recibe con gran exhibición de tropas y con paternal cariño. Al ver la postura de sus reyes, el resto de la población siguió el mismo camino. Se construyó una iglesia en Valtarajal, siendo el primer santuario levantado en Fuerteventura. Nombró Bethencourt a Juan le Courtois, como gobernador de la isla, y determinó hacer un viaje a Normandía.

A los pocos meses regresaba Bethencourt acompañado de nobles y gente de

bien, en número de 160. Su llegada fue un gran festejo, que se celebró en el castillo del Rubicón, y que luego se repitió en el redificado castillo de Rico Roque, con asistencia de los dos reyes de Fuerteventura.

Arguinegún: Resistencia de Gran Canaria

La idea de volver a la isla de Gran Canaria, e intentar su conquista, produce una nueva expedición a Arguinegún, que abandona los puertos de Fuerteventura, el 6 de octubre de 1405. De las tres naves que salieron, una fue arrojada a La Palma, otra devuelta a Fuerteventura, y sólo la tercera, que capitaneaba el mismo Juan de Bethencourt, consiguió alcanzar la rada de Arguinegún.

Se intercambiaron frutos por azadones y picos de hierro. Los conquistadores desembarcaron con rostros pacíficos, pero con intención de conquista. Sorprendidos los canarios al ver blandir las espadas, huyen como pueden a los riscos y montes de alrededor, donde el Guanarteme Artemy Semidán, entabla el contraataque, envolviendo sagazmente a los conquistadores, y dificultándose su huida, al ocupar las chalupas varadas en la playa. Con la muerte de algunos nobles, Bethencourt hubo de alejarse con el corazón dolorido y entristecido por su derrota.

Conquista del Hierro

Bhencourt sigue entonces la ruta de La Palma, donde se une a otra de las carabelas allí existente. Después de algunas correrías y reñidos encuentros, Bethencourt se persuade que no le será sencillo ocupar aquella isla, dado el denuedo y fiera de sus naturales. Abandonan la isla y se dirigen al Hierro por considerarla empresa más fácil. Al llegar a ella, sus habitantes se habían ocultado en el interior, y la isla apare-

cía a primera vista completamente desierta. Los conquistadores tomaron posesión tranquilamente de lo que estaba despojado, cubierto de espesos bosques y laureles. Tres meses permanecieron en la isla. Bethencourt decide mandar a Augerón, cautivo y natural de la misma isla, en búsqueda de los naturales. Augerón, hermano del rey Arniche, se dice a éste con halagueñas promesas, y Arniche, con 111 de sus mejores súbditos, decide bajar al llano a presentarle su obediencia a Bethencourt. Faltando a su palabra, Bethencourt hace a 33 de ellos prisioneros, entre los cuales estaba el rey, e hizo vender a los demás como prisioneros esclavos. En la isla permanecieron 120 franceses entendidos en labrar y cultivar la tierra.

Regresado a Fuerteventura, Bethencourt decide partir para Francia, dejando antes a su sobrino Maciot Bethencourt al cargo del reinado de las tres islas conquistadas, tanto en lo político como en lo militar.

En su viaje hacia Francia, Bethencourt pasa por España y Roma, a fin de nombrar un obispo para aquellas islas, cargo que viene a desempeñar don Alberto de las Casas, con título de obispo del Rubicón, y dependiente de Sevilla. Ya no regresaría más Bethencourt a Canarias, muriendo en Normandía, en el año de 1422. Tres años antes, había mandado poderes a su sobrino Maciot, para que enajenase las islas, tanto las conquistadas como las otras, a nombre del conde de Niebla, don Enrique de Guzmán, exceptuando la de Erbania (Fuerteventura), que debería quedarse para Maciot y sus sucesores.

Ausencia de Bethencourt

Por desgracia, Maciot no poseía las cualidades de su tío. Sólo un hecho aislado es digno de reseñarse en su rei-

NOTA: CONQUISTA DE LA GOMERA: Según Abreu Galindo y otros, terminada la Batalla de Arguinegún, Bethencourt se dirigió al Hierro y la Gomera, en el año 1405. Desembarca en San Sebastián, sin que nadie le estorbe. Entabla entonces relaciones pacíficas que los gomeros aceptan gracias a las interpretaciones de aquella isla, que concian el lenguaje del conquistador. Ello supuso la Gomera. Sin embargo, otros historiadores, consideran apócrifa y sin datos de crónica, dicha pretendida conquista de la Gomera, que luego requeriría la presencia de los Perazas.



nado. Corresponde a su postura adoptada en la sublevación del Hierro. Los nobles dejados allí por su tío, adoptaron una conducta de humillación de los naturales, sometiendo a fuertes vejaciones, hasta deshonrar públicamente a sus mujeres e hijas. Ello hizo que uno de los mozos herreños, asustado por pñaladas al capitán Lázaro Vizcayno, provocando la insurrección de todos los nativos. Maciot tuvo que mandar un nuevo gobernador, con las órdenes de reprimir con mano fuerte la insolencia de los nobles y demás conquistadores, legándose a ahorcar a tres militares y

cen entre nobles españoles, sin olvidar la pretensión de los portugueses sobre las mismas. Al final de todas estas disputas, será el noble Hernán Peraza quien quedará señor de las islas, a excepción de Lanzarote, que permanecía bajo el poder de Maciot. Hernán Peraza tomó posesión de sus tierras, en compañía de su hijo Guillén Peraza, desembarcando en la isla de Fuerteventura.

Mientras tanto, el prelado fray Fernando Calvetos, había conseguido una bula del Papa, en la que se prohibía la venta de indígenas canarios, estuviesen o no bautizados. Ello es tratado en la

Viaje por la Gomera, Hierro y La Palma

Abandonando la isla de Gran Canaria, continuó Peraza a la Gomera y Hierro, de las que tenía noticia de que desconcentos de sus gobernadores, los insulares se habían alzado en armas. Valiéndose de halagos y promesas, consiguió Peraza calmar los ánimos y deponer la actitud de los habitantes de ambas islas. Ello le llenó de moral, y se dirigió a tentar fortuna en la isla de La Palma.

Desembarcó Peraza en Tihuya, perteneciente al reyezuelo Echedey. Enterados los palmeros, acudieron de toda



a degollar a dos de ellos. Dichas ejecuciones calmaron los ánimos de los nativos, e hicieron que éstos depusieran sus armas de nuevo y volvieran a sus hogares.

Pero al prolongarse la ausencia de Bethencourt, y persuadirse de que su tío no volvería más a Canarias, adoptó una postura de reyezuelo arbitrario, cometiendo una serie de atropellos, que le convirtió en un tiranuelo feudal, llegando a poseer hasta un harén en su palacio, compuesto de esclavas, a cuyo comercio se había dedicado. Intenta entonces anexionar las islas a la corona de Francia.

El conde de Niebla

Llegadas todas estas noticias a España, la reina regente encarga al conde de Niebla el dirigirse a las islas, y traer prisionero a Maciot, para rendirle cuentas.

Ello ocurrió en Sevilla, el 15 de noviembre de 1418. En dicho documento notarial, se consigna al conde de Niebla el señorío de las Islas Canarias, con el fin de que el nuevo señor concluya la conquista comenzada y reduzca a la fe de Cristo a sus infieles moradores.

Posteriormente, las islas pasan por diversos dueños, y diversas disputas sobre la posesión de las mismas se produ-

bula de fecha 25 de octubre de 1434, encargando el Papa que se rescate a los esclavos vendidos, con dinero depositado en Sevilla. A pesar de ello, Maciot sigue en su postura de controversias con el obispo, consiguiendo éste del Papa el que se traslade la diócesis a la isla de Las Palmas.

Nuevo intento de conquista de Gran Canaria

Hernán Peraza, tomada posesión de las islas, intenta hacer un reconocimiento por las islas no conquistadas. Dirige sus naves hacia Gran Canaria, fondeando en la Isleta. La escasa población de pescadores allí existentes, dio inmediatamente la voz de alarma. Peraza iba acompañado de 200 ballesteros, y reforzado con 300 insulares de Lanzarote y Fuerteventura. Al dar la voz de alarma los pescadores, acudieron innumerables cuadrillas de guerrilleros belicosos, súbditos del Guanarteme de Telde, dispuestos a impedir la invasión de la isla, situándose en las montañas y riscos que rodean a las playas.

Vista la situación, Peraza desiste de su empeño, recordando anteriores intentos de conquista frustrados.

la isla, acaudillados por Chenuco, hermano del rey, y por Butinmara. Desde las alturas; los isleños rodaban peñascos y troncos de árboles, lanzando a su vez piedras con certera puntería, que destruían al invasor. El joven Guillén Peraza fue así derribado de su caballo y muerto al instante. Las tropas españolas huyeron en desbandada, embarcando en las playas con el cadáver del joven Guillén.

El motín de Lanzarote

La amistad entre Hernán Peraza y Maciot, nunca existió. El francés seguía haciendo sus maquinaciones, e intentaba relacionarla con la corona de Portugal. Por ello, Peraza invadió Lanzarote y tomó prisionero a Maciot, conduciéndolo a la isla de Hierro. Allí le libertan los portugueses, sus aliados, y le conducen a Lisboa, donde el infante don Enrique le compra sus derechos sobre la isla. Acuden dos carabelas portuguesas a Lanzarote, a tomar posesión de la misma, al mando de Antón González. Indignados los lanzaroteños del cambio de dueño, sin consulta previa, se alzan en armas y los expulsan de allí. Nombran enton-

ces a los Reyes de España como únicos propietarios de la misma, y eligen a Alonso Cabrera como gobernador, siendo uno de los nobles que habitaban en Lanzarote.

Diego Herrera

Fallecido Hernán Peraza en 1452, todo el señorío recayó en su hija Inés, casada con Diego de Herrera. El rey Enrique IV le concedió también la isla de Lanzarote, a pesar de la resistencia a ello de sus moradores. Acompañado de gran séquito y tropas, se dirige éste a Canarias, logrando primero apaciguar la sublevación habida en Fuerteventura. Visita las demás islas en el mismo tono de apaciguador, acompañado de su esposa, y establece su residencia en la isla de Lanzarote, en la ciudad de Teguise, donde ya existían casas señoriales. Desde allí, Diego de Herrera se ocupa de poner en orden la dislocada administración de su gobierno. Establece oficinas para la recaudación del impuesto y rentas, inspección de los quintos y cobranza de los derechos de importación y exportación en cada isla.

Diego de Silva

Los portugueses no cedían en su empeño de apoderarse de las islas. Al frente de Diego de Silva invadieron y saquearon las islas de Lanzarote y Fuerteventura. Sólo la hija de Herrera, con su hermosura y encanto, fue capaz de desarmar al valeroso Silva, quien la pidió en matrimonio a su adversario. Desde entonces, portugueses y castellanos se unieron en la conquista de las otras islas.

La primera visita fue a la isla de Gran Canaria, desembarcando por Galdar. Los canarios, al ver que los invasores intentan apoderarse de la ciudad de Galdar, les cortan la retirada, quemando los matorrales. Al frente de su soberano Guanache Semidán, los van conduciendo al Taogorora, plazaleta circular, rodeada de dos tapias altas de muro, en la que se administraba justicia. Allí quedan cercados, y los canarios se contentan con tenerlos reducidos. Silva envía entonces una embajada al soberano, prometiéndole solemnemente abandonar la isla y no volver más, si los dejaban abandonar su refugio. El rey les hace caso, aun en contra de la voluntad de sus guerreros, y a la mañana siguiente, los conduce por una cuesta asperísima a la playa. Narran las anécdotas, que al ver el risco escarpado, Silva temió que los naturales pretendieran arrojarlos por allí. Comprendiéndole el Guanarreme, le cogió del brazo y le ayudó a bajar tan empinada cuesta. Silva regaló entonces al soberano su espada y una capa de grana. Desde entonces se llama a aquel acantilado la cuesta de Silva.

Gando

Mientras Silva había recalado en el Norte de Gran Canaria, Herrera se había situado en Gando, pero sin resultado favorable. Gracias a la llegada oportuna de Silva, éstos pudieron refugiarse en sus naves. Entonces se entablan unas entrevistas con los Guanarremes de la isla,

en la que media Silva, y a la que asiste el rey de Galdar. Al final se da el consentimiento, por parte de los canarios, para la fabricación en Gando de un oratorio, y en la reconstrucción de un almacén, bajo pretexto de negociaciones mercantiles futuras. Al frente de dicho almacén queda el portugués Pedro Che-



mayde. La política a seguir era fomentar las discordias entre los jefes nativos, incitando sus rivalidades.

Pero no contento Chemayde con sembrar dicha desunión entre los nativos se dedica al rapto de mujeres, sin respetar aun las jóvenes dedicadas al culto sagrado, sin atender las reclamaciones de los canarios. Estos prepararon entonces astutamente una emboscada, para terminar con los conquistadores. Pusieron cerca de ellos un ganado abundante, atrayéndolos. Los españoles y portugueses salieron en ordenado escuadrón, pero vieron cortada su retirada por grupos de naturales, que los dividieron y exterminaron en pequeños grupos. Se apropiaron entonces de sus ropas, y disfrazados con ellas, y llevando delante un ganado, y a un grupo de nativos, con sus armas escondidas, fingiendo ser prisioneros, se introdujeron en la fortaleza, logrando que los castellanos restantes se rindieran, arrasando al día siguiente la torre y quemando sus maderas. El gobernador, el alcaide y otros muchos quedaron prisioneros de los canarios.

Sublevación en Lanzarote

Un nuevo motín sucede en la villa de Teguis. Los lanzaroteños, al frente del

joven Juan Mayor, intentan de nuevo escaparse a la soberanía de Herrera y anexionarse a la corona de Castilla directamente. Emprendieron entonces viaje a España, para tratar con la reina, pero fueron atracados en el camino. Mientras tanto, llegan de nuevo los portugueses a Lanzarote. Apresados allí por los lanzaroteños, son puestos en libertad por Hernán Peraza, hijo de Herrera, para que les ayuden a tomar de nuevo Teguis. El vengativo magnate toma Teguis y ahorca en su plaza a seis de los amotinados, confiscándoles sus bienes. Otros seis amotinados, encarcelados logran escapar, y marchan a comunicar a la reina los agravios hechos por Herrera. La reina expide una carta de real seguro a favor de los perseguidos isleños, mientras se ventilaba la cuestión y se decidía si Herrera era el verdadero señor de las cuatro islas sujetas a dominio.

Adquieren los Reyes Católicos la conquista de Canarias, Tenerife y La Palma

Heredada la corona de Castilla por doña Isabel, esposa de Fernando, denominados los Católicos, se determina el derecho de propiedad y señorío de Diego de Herrera y doña Inés, a las cuatro islas conquistadas.

Los reyes, por su parte, manifiestan a Herrera que no hallándose con medios suficientes para reducir a obediencia las islas principales de Canarias, Tenerife y La Palma, era su voluntad ponerlas bajo su protección y conquirirlas con tropas de la corona de Castilla.

Destinábse como indemnización a Herrera una suma de dinero, y el título de conde de la Gomera.

Conquista de Gran Canaria

Firmado el convenio de cesión de la conquista a favor de los Reyes Católicos, decidieron éstos que se organizara inmediatamente una expedición que había de conquistar Gran Canaria, Tenerife y La Palma. Se nombró obispo de la diócesis a don Juan Frías, y jefe militar a don Juan Kejón, soldado de gran pericia. Les acompañaba el déan del Rubicón, don Juan Berruetez. Inmediatamente reclutaron 600 hombres de infantería, armados con picas, ballistas, espadas y rodelas. Igualmente les acompañaban algunos hidalgos de caballería, y varios nobles deseosos de poseer tierras y patrimonio. La expedición zarpó del Puerto de Santa Mar el 2 de junio de 1478.

Llegados a la Isleta diez días después, aprovecharon la oscuridad de la noche para desembarcar en aquellos arenales. De allí continuaron hasta el barranco de Niginiguada (hoy llamado de Guiniguada), donde Rejón se fortificó, denominando al campamento el Real de Las Palmas, por la cantidad de pedriscos allí existentes. Parte de las naves quedaron ancladas en la desembocadura del barranco, y parte regresó a España. Esto ocurría el 24 de junio de 1478.

Se produce entonces la primera batalla. Del Sur avanzan Boranmas, Manimidia y Adalgomo, aparcaos de los cerrros de San José. Del Norte eran esperados Bentaguayre, Tazarte y Antudina, pero viendo el retraso, deciden los del Sur

atacar por su cuenta. Es interesante la descripción que de los canarios hicieron los cronistas: «largo cabello recogido a la espalda, cubierta la cabeza con un capacete de cuero de cerdo, calzados con borcegues, ceñidos a la cintura unos toneles o tamarcos de gamuza o de palma que les caía hasta la rodilla, la barba crecida y cortada en punta, los brazos y el pecho descubiertos y llenos de caprichosos dibujos. Todos armados con gruesos palos de acebuche, endurecidos al fuego, venablos, hondas, lanzas y piedras y defendidos por rodajas de drago, donde llevaban pintadas sus divisas, que designaban el bando o distrito a que cada uno pertenecía».

La lucha comenzó entre gritos y silbidos, y con arrojado de piedras. Al grito de «Santiago y a ellos», contestaban los canarios «¡aita, faita» (valor, valor). Tres horas llevaba la batalla, sin ventaja para ninguno. Una lucha cruenta entre Adargoma y Juan Rejón, que hirió al primero, tomándole prisionero, hizo que los canarios huyeran en desorden, al verse también sin socorro por los bandos de Galdar, todavía sin llegar.

En la tregua siguiente, Rejón seguía fortificando y cortando árboles para dejar la llanura limpia de escombros. Algunos canarios pobres les traían ganado, que cambiaban por diversos objetos y bagatelas que les proporcionaban los españoles.

Prosiguió otra escaramuza de Maniñidra, pero esta vez, también sin éxito. Estos fracasos hicieron que los canarios se fueran retirando al interior de la isla, huyendo con sus familias a los montes.

Mientras tanto, en el Real de Las Palmas ciertas discusiones entre Rejón y el deán Bermúdez, hicieron que los reyes enviaran a Pedro Fernández de Algaba como gobernador de la isla, acompañado de Alonso Fernández de Lugo. Vista la postura de Rejón, que resultó ser incómodo a la política del nuevo gobernador, le apresaron y enviaron en una carabela a Sevilla. Acusaban a Rejón de sedicioso, cruel y usurpador, y se le hacía responsable de la lentitud de las operaciones militares.

Expulsado Rejón, Bermúdez y Algaba hicieron escaramuzas para robar ganado y poder así aliviar el hambre. En una de ellas, camino de Moya, fueron sorprendidos por Doramas, que en el barranco de Tenoya dio al traste con los desesos de los españoles, haciéndoles huir de nuevo al Real de Las Palmas.

Mientras tanto, Rejón hacía valer sus derechos y defendía su política militar en la Corte de Sevilla. Rejón es de nuevo designado para marchar a las islas, y se le facilitan cuatro carabelas, al mando de Pedro Hernández Cabrón, y teniendo como acompañante al Obispo don Juan de Frías. Pero llegados a Gran Canaria, Algaba y Bermúdez no dejan desembarcar a Rejón.

Mientras tanto, otra gran derrota de las huestes españolas se produce en el barranco de Tirajana, adonde Pedro Hernández Cabrón y el Obispo Frías se desplazaron para robar ganado. Una emboscada de los canarios dio al traste con esta escaramuza española, en la que murieron 26 españoles, quedaron heridos



un centenar de ellos, y ochenta prisioneros de los canarios.

Esta derrota, y la anterior de Tenoya, dieron más que motivo para que Rejón, trasladado de nuevo a Sevilla, recibiera la encomienda de mandar las tropas en Canarias, por lo que volvió por tercera vez allá. Desembarcó de noche, en secreto, y ayudado por fieles amigos, logra apresar a Algaba y desterrar al deán Bermúdez a su isla de Lanzarote. El final de Algaba fue la decapitación, en plaza pública, tras un ridículo proceso, producto del iracundo y vengativo Juan Rejón, que acusaba a Algaba de conspirador con los portugueses. Pero la suerte de Rejón no fue muy allá, ya que los canarios no cedieron un palmo de terreno, y se contentaron con dejar a los españoles en el litoral, si bien algunos canarios, que residían cercanos al litoral, tomaron por iniciativa convertirse y bautizarse.

Los reyes, enterados de los alborotos de Rejón y del poco éxito del mismo, enviaron a un nuevo general, don Pedro de Vera, designándole además gobernador. Se las ingenió Vera para apresar a Rejón y devolverlo de nuevo a España.

La primera acción de Vera fue intentar alejar de la colonia a todos los canarios que, bautizados, habían acudido a ella por el hambre. Les prometió Vera el ir a conquistar la isla de Tenerife, y con promesas de asignarles tierras, puestos y ganados, embarcó a doscientos canarios en sus naves. Sospechosos de traición, al ver que la nave no se dirigía

a Tenerife, se amotinaron los doscientos canarios, que por fin llegaron a Lanzarote arrojándose al agua antes de que la nave tocara puerto. Allí Diego de Herrera les recibió y vistió, dándoles franca hospitalidad.

Esta traición condujo a los demás canarios que habitaban el Real de Las Palmas a alejarse de los españoles, no confiando más en sus palabras.

Mientras tanto, los canarios indómitos seguían hostigando al campamento, destacando en ello Bentaguayre. Ello movió a Pedro de Vera a tomar la iniciativa en la lucha y marchar hacia los cantones del Norte para atacar los campamentos canarios. Lo hicieron esta vez por el mar, vista la anterior derrota de Tenoya. Desembarcaron en Agate, cerca de Galdar, donde emplazó inmediatamente un campamento que fortificó y dejó al frente de Alonso Fernández de Lugo.

Muerte de Doramas

Una posterior escaramuza de los españoles dio la victoria a los mismos, tras la muerte de Doramas. Se produjo ésta en Arucas, hasta donde habían avanzado 200 infantes y 50 jinetes. La batalla se puso dura para los españoles, pero persuadidos éstos de que si daban en tierra con Doramas lograrían la victoria, se dirigieron hacia él varios guerreros. Atacado por el frente por Pedro de Vera, recibe una lanzada por la espalda, que hace volverse al fiero guerrero, momento que aprovecha Vera para herirle en el pecho. Soltó su espada Doramas,

y cayendo de rodillas exclamó: «Quien me mata es el cobarde que me ha herido por la espalda; fue éste el cordobés Diego de Hozes. La muerte de Doramas causó la dispersión de las tropas canarias, si bien algunos se entregaron como prisioneros, para acompañar a su caudillo. Doramas fue allí mismo decapitado y enterrado. Su cabeza fue llevada al campamento, para exhibirla en la punta de un palo.

Un grupo de nativos gomeros vienen a la isla, conducidos por Hernán Peraza para ayudar a la conquista. Estos nativos tenían la destreza de los canarios, y logran encaramarse en los riscos, como ellos, llegando hasta Artenara, Tejeda y los bosques de Tirma.

Una pequeña escaramuza de Lugo en los terrenos de Galdar, cerca de Agaete, donde tenía su campamento, logró aprisionar al Guanarteme Thenesor Semidán, acompañado de Maninidra y cuatro de sus guayres o consejeros.

Apresado Thenesor Semidán, fue posteriormente enviado a España, junto con cuatro de sus guayres, entre los que se encontraba Adargoma. Trasladados a Calatayud, a presencia de los reyes, el Guanarteme se arrodilló ante ellos, y besándoles las manos, se reconoció vasallo suyo, y sometióse a sus soberanas voluntades, pidiéndoles que se le administrara el bautismo. El rey Fernando apadrinó al Guanarteme, poniéndole su nombre, concediéndole el rey Fernando el término de Guayedra, y remitiéndolo de nuevo a la isla, con la esperanza de que fuera un fiel baluarte en la rendición del país.

Bentejui

Pero los canarios habían entonces elegido a un nuevo Guanarteme, de la familia de Thenesor, denominado Bentejui, y casado con la princesa Guayarmina. Elegido el nuevo Guanarteme, se rodeó de los guayres más famosos, y ordenó a todos sus súbditos que se refugiaran en los Roques del Bentayga.

Allí acudieron Fernando Guanarteme, antes Thenesor, y las fuerzas castellanas, por ser ya el último reducto canario. Estos dejaron subir a Thenesor, que vestido con ricos trajes castellanos, intentó disuadirlos y convencerlos de que se rindieran al poder castellano, asegurándoles que vivirían felices con sus familias y ganados. Bentejui y el Faicán no le dejaron terminar su plática, y le cortaron con estas palabras: «anda, mal aconsejado Guanarteme, vuelve con esos hombres que tantas veces nos han engañado, y déjanos morir con honra». Quiso replicar Thenesor, indicándole la desigualdad de sus fuerzas, pero la respuesta de Bentejui fue tajante: «Canarias existe: mírala en pie sobre estos roques».

La rendición de Gran Canaria

Todavía se celebraron algunas batallas, en las que los españoles sufrieron terrible derrota. El sistema de los canarios de conducir la lucha hasta los desfiladeros y barrancos, para allí caer sobre las tropas españolas, con lluvias de pedriscos, produjeron sensibles bajas en los mismos. De nada servía la ayuda que les prestaba Fernando Guanarteme.

Poco a poco, los grupos resistentes se habían ido hacia el cantón de Tirajana. Allí en la fortaleza de Ansite resistían los más valientes.

Pero Pedro de Vera, dispuesto ya a terminar con tan larga lucha, ayudado por los canarios conversos, se apoderó de los roques de Titana y Fataga, bloqueando la fortaleza de Ansite. Allí murió el guayre Tazarte, que antes de caer en las manos del enemigo, se lanzó desde las alturas, estrellándose en el barranco. Ansite quedó rodeada, como último baluarte de la resistencia.

Afligido Fernando Guanarteme por la suerte que les esperaba a sus vasallos si seguían en tan obstinada actitud, decidió ir a la fortaleza de Ansite. Concedido el permiso por el gobernador Pedro de Vera, subió a ella Thenesor, el 29 de abril. Los canarios, al ver al rey, lo vitorearon, pues todavía tenía fieles súbditos, a pesar de su vergonzosa defección. Thenesor les convenció que su misión era salvarles del hambre y de la muerte irremisible. Hizoles ver las ventajas de una vida sosegada y pacífica bajo la protección de las leyes españolas.

Indignados Bentejui y el Faicán, intentaron expulsarle de allí. Pero la multitud, acosada por el hambre y la sed y comprendiendo su desesperada situación, prorrumió en atronadores gritos, solicitando la paz.

Bentejui y el Faicán sólo consiguieron que se firmara una capitulación en

la que se consignaron ciertas condiciones que garantizaban a la princesa Arminda su posición social, así como a sus guayres y pueblo. Conseguido esto, Bentejui y el Faicán se arrojaron por el borde del precipicio, lanzando el grito patriótico-religioso de «Attis Tirras», y abrazados ambos.

El 26 de julio de 1483, festividad de Santa Ana, descendieron los canarios al Real de Las Palmas. La comitiva iba formada por la princesa Arminda, sus guayres y faicanes. Venerada como reina, Arminda fue recibida con todas las honras por Pedro de Vera. Así terminó una conquista que duró cinco años. Los canarios conquistados fueron favorecidos con tierras, según sus méritos en la conquista, y según su clase social.

Conquista de La Palma

El capitán Alonso Fernández de Lugo fue el designado por los Reyes Católicos para dicha conquista, para lo que Lugo se había trasladado a la Corte, abandonando su castillo de Agaete. Fletó dos buques en Cádiz, y entró en la rada de Las Palmas en el verano de 1492, fecha en que también lo hiciera Colón en su primer viaje.

Acompañaban a Lugo en la conquista unos 900 hombres, gran parte de ellos canarios, al frente de los cuales iba Fernando Guanarteme. Pusieron rumbo a La Palma.





Llegaron a Tazacorte, perteneciente al distrito de Aridane, cuyo príncipe se denominaba Mayantigo, hombre bondadoso. Desembarcaron sin dificultad los españoles y canarios que los acompañaban. Lugo hizo entonces una excursión por aquellos distritos, sin encontrar resistencia a la conquista, y ofreciendo a todos sus moradores el respetar sus personas y bienes si accedían a ser bautizados y respetar las leyes de Castilla.

La primera resistencia la encontró Lugo en el distrito de Tigalate, donde reianban los hermanos Jarugo y Garehagan, cuyos límites se extendían desde Mazo a Breña Baja. Fue necesaria la buena colaboración de Maninrida y el Guanarteme para poder reducir a los palmeros refugiados en las altas montañas. Pero llegado el invierno, Lugo decide refugiarse de nuevo en Tazacorte, por ser inaccesibles las selvas altas donde se refugiaban los indóctos.

Durante el invierno, Lugo llegó a obtener la rendición voluntaria de otros distritos, gracias a sus dádivas y promesas. Sólo le quedaba por reducir el distrito de Eceró, donde el valiente Tanausú regía, y que se había hecho inexpugnable en la Caldera de Taburiente. La Caldera fue siempre inaccesible para Lugo, que tuvo que recurrir a solicitar, en son de paz, el que Tanausú se convirtiera y entregara como feudatario de Castilla, y bautizándose, respetándose sus tierras y dominio sobre su distrito. Se aceptó la proposición y se fijó el día para la celebración de una conferencia, en un punto neutral, que recayó en el lugar denominado Fuente del Pino.

Salieron los palmeros resistentes, desarmados de la Caldera, y en son de paz, confiando en la palabra dada por Lugo. Pero el castellano, impacientado por la tardanza, había enviado tropas que le cortaran la retirada de nuevo a la Caldera y les atacó, desarmados, como iban. Los engañados guerreros, en corto nú-

mero, y sin armas, se defendieron heroicamente, quedando pocos supervivientes, entre ellos Tanausú.

Sobre aquel campo de batalla, triste e infamante para Lugo, se tremoló el Pendón de Castilla, en la mañana del 3 de mayo de 1493. Desde entonces, los reyes de Castilla tomaron la denominación de reyes de las Islas Canarias. Tanausú fue conducido en una galera, con grilletes en pies y manos. El valiente rey prefirió morir de hambre que rendirse a la esclavitud. Lugo había puesto una cruz, en el lugar escogido para la capital, denominándose ésta Santa Cruz.

Conquista de Tenerife

Desembarcó Lugo en Añaza, en la tarde del 30 de abril de 1494. Hizo trincheras para depositar armas y víveres, y pensó en dirigir una embajada al Mencey de Anaga, dueño de aquel territorio. Fue Fernando Guanarteme el encargado de ir a visitarle y prometerle honores y preferencias sobre los demás reyes de la isla, obligándose el Mencey a conservar su neutralidad, siempre que no se le atacase su independencia.

Conseguido esto, Lugo se propuso adentrarse en la isla y subir a La Laguna. Allí le esperaban 400 guerreros guanches, acudillados por el rey Bencomo, Mencey de Taoro, que pretendía también hacer un reconocimiento de aquellos invasores. Sin llegar a la lucha, se entablaron conversaciones. Lugo les propuso su amistad, la aceptación del cristianismo y la sumisión y vasallaje a la corona de Castilla. Gustó lo primero al Mencey, se extrañó del cambio de religión, y se sintió ofendido por su pretendido vasallaje. Se rompen entonces las conversaciones, y cada uno vuelve a su campamento para prepararse para la guerra.

Aprestados cada uno para la batalla, dejó Bencomo que Lugo subiera hasta La Laguna, y marchara hacia la Orotava sin presentarle batalla. Tenía bien

organizada la escaramuza Bencomo, y en ella le ayudaban los otros Menceys y el bravo guerrero Tinogua. La escaramuza a Lugo los canarios Guanarteme y Maninrida, así como isleños de Güimar y Anaga.

Visto que no presentaban batalla, y que los jinetes de la avanzada no divisaban enemigo ninguno, decidió Lugo retroceder presumiendo una emboscada. Pero ya era tarde. Dada la señal, los guanches prorrumpieron en gritos y alaridos, y encajonando al ejército invasor en un estrecho y peligroso sendero, les arrojaba piedras, rocas, troncos de árboles y agudos banotes. El barranco se convirtió en una carnicería, al mismo tiempo que Bencomo atacaba con 3.000 hombres de refresco. Sólo una tormenta oportuna de agua, vientos y truenos, acompañada de granizo, dio oportunidad a los castellanos de huir malheridos, acompañados por los canarios y guanches de Güimar, pudiendo salvarse La Laguna, desde la que bajaron malherido a Lugo hasta el campamento de Anaga. Esta jornada de Acentejo duró tres horas, y en ella perecieron 600 españoles y 200 auxiliares canarios. Sólo 200 soldados y algunos caudillos lograron huir.

Lugo regresó a Gran Canaria y solicitó ayuda a España para intentar de nuevo la conquista de Tenerife. Seis carabelas salieron de Sanlúcar de Barrameda, trayendo 650 peones y 40 jinetes. Al frente de ellos venían Bartolomé Estrián y Diego de Mesa. En Gran Canaria se le unieron 500 infantes y 30 jinetes.

El nuevo desembarco se hizo en el mismo lugar que el anterior. Enterado Bencomo, y envanecido por su anterior triunfo, cometió el error de abandonar su gran aliado: los barcos. Se emplazó en el valle de La Laguna y con gran arrogancia esperó a sus enemigos.

Lugo, dejando en la torre de Santa Cruz a Fernando Guanarteme y sus hombres, se dirigió por la Cuesta a La Laguna sin dificultad ninguna. Ya en el valle, ordenó a sus huestes y protegió su retirada con algunas compañías. Envié entonces a los reyes aliados un mensaje con las mismas proposiciones que anteriormente, obteniendo una arrogante negativa. Se organizó entonces la batalla de La Laguna, en la que los guanches llevaron la peor parte. Desprovisto de protección para sus cuerpos, eran blanco de las dagas y espadas de los castellanos, ayudados a última hora por Guanarteme, que no quiso quedar ocioso en el campamento de Añaza. En dicha batalla murieron 1.700 guanches y 45 españoles. El resto de los guanches huyó a los bosques vecinos. Se puede decir que este día se echó la suerte de Tenerife. Bencomo se retiró de nuevo a Tazacorte. Lugo prosiguieron una serie de pequeñas escaramuzas, en las que los castellanos, en búsqueda de ganado, recibían el azote de la cólera guanche, pero sin gran trascendencia.

Pero la peste, el hambre, la pérdida de las cosechas y la interminable conquista iban diezmando tanto a los españoles como a los guanches. Sólo la presencia de nuevos refuerzos venidos de

Gran Canaria y España, hicieron que la conquista se aligerara.

Con los nuevos refuerzos se adentró Lugo en el valle de la Rotava, acampando sin oposición en el pueblo de Realejo Bajo. Advertido Bencomo, y viendo inútiles sus esfuerzos ante la presencia de grandes tropas, y conocido el estado del país, el hambre, la peste y el poder de los castellanos, reunió conversaciones con los otros Menceys de Taoro, Tegueste, Tacoronte y Anaga, reunidos todos en un lugar próximo al campamento castellano, denominado Realejo Alto, acordaron la capitulación propuesta por Lugo.

Visto por el resto de los guanches lo bien que Lugo trataba a los cuatro más poderosos Menceys, que se habían rendido, y que Lugo no cejaba en su poderosa lucha contra ellos, enlazado en su campamento de Realejo, decidieron igualmente capitular. Así los Menceys de Adeje, llamado Pelinor, de Daute, llamado Romeu, de Abona, llamado Atxoña, y de Icod, llamado Pelicar, decidieron bajar al campamento en son de paz. Les recibió Lugo, y a todos ellos les juró respetar siempre como soberanos, asegurándoles una posición independiente y holgada. El día que terminó la conquista fue el 29 de septiembre de 1496.

Incorporación a Castilla

Incorporadas todas las islas a la corona de Castilla, la vida de las mismas sigue un lento progreso cultural e industrial, así como intelectual. Dentro de la agricultura se producen el azúcar y los vinos, que adquieren carta de exportación, sobre todo para América.

Las instituciones canarias las podemos resumir así: El Cabildo, que formado por 24 regidores y presidido por el Corregidor es el organismo insular, que se encarga de los fueros de cada isla, eleva sus fortificaciones, hace obras públicas y recoge granos para la época de escasez. Un gobernador militar se emplaça en cada isla. La Audiencia o Real Acuerdo, se encarga del gobierno civil y político, aparte de la situación de ejercer justicia. Un Obispo, asistido del Cabildo eclesiástico, asistido de párrocos y de comunidades religiosas que se emplaçan en las islas, se encarga del culto divino. Existe también el Santo Oficio, cuya misión es velar por la fe. Y todo ello, ejerciendo el poder en nombre del Monarca.

Vicisitudes de la raza aborígena

Se ha creído que la raza indígena desapareció al terminar la conquista, al ser sometida a privaciones y servidumbres, y fundiéndose sus restos con las últimas capas sociales de los advenedizos conquistadores.

Pero nada más lejos de la realidad. En los libros de Datas y Repartimientos, queda clara la permanencia de dicha raza a lo largo de los años. Si su genealogía no se puede seguir muy bien, es debido a los nuevos nombres que adoptan al ser bautizados. Está claro en dichos libros, cómo los reyes recibieron tierras y poderes después de la conquista. Y si bien no consta las tierras que recibieron los jefes subalternos, nos lo podemos imaginar.

Hay ciertas genealogías, que podemos seguir por los libros de Datas y Repartimientos, que indican que la población nativa, sus principales, casaron con nobles señores castellanos, tanto los varones como las hembras.

Otra parte de la población indígena, que continuó sus labores de pastoreo y que no recibieron tierras, o no se preocuparon de poseerlas, se confundieron con las últimas capas sociales de las islas.

El Padre Fray Alonso de Espinosa, un siglo después de la rendición de Tenerife, hablando de los guanches, moradores de Tenerife, dice: «Los naturales de esta isla, no exceptuando a los de las otras, pues todos creo tuvieron un principio y origen, fueron gentiles; hallólos el Evangelio desembarzados y produjo varones aprobados y de gran celo de religión y cristiandad, varones de ingenios delicadismos y caudalosos, así en las humanas como en las divinas letras esmerados, varones que no sólo con la toga, no sólo con el bonete, mas también con la espada han mostrado su valor y la virtud de sus antepasados.

De todas formas, dichas palabras de fray Espinosa no indican que los canarios disfrutaran de los beneficios y garantías de la zona conquistadora. Es de todos conocido, que en las pruebas de nobleza, para ingresar en los Colegios Mayores, era necesario acreditar no ser descendientes de canario, morisco o judío. Datos que eran registrados en los libros secretos de la Inquisición, teniéndolos siempre en suspiroz desconfianza. Ello obligó a ocultar sus genealogías a muchos de los naturales, cosa que hoy dificulta la labor histórica.

HISPANIZACIÓN SIGLO XVI

Invasiones

En este siglo se producen varios intentos de invasión de las islas, por la presencia de barcos piratas a la búsqueda de los botines que procedían de América. Entre las invasiones, se recuerda como notoria la del pirata Sir Francis Drake, con 27 naves de alto bordo. Dos horas duró el intento de desembarco en la playa de Santa Catalina (Gran Canaria), donde los castillos de La Luz y Santa Ana quedaron casi destruidos. Pero a la orilla de la playa, Pamochamoso y sus hombres impidieron el intento de desembarco, teniendo que seguir Drake su ruta.

También a finales de este siglo, en 1599, el pirata holandés Van der Roës, intenta como Drake invadir las islas por sorpresa. Con 73 navios y 9.000 hombres se presentó Van der Roës en Las Palmas. Después de una enconada lucha y resistencia logró hacerse con la ciudad y sus fuertes, teniendo que huir los isleños, al frente de Pamochamoso a los cerros de Tafira y el Lentsical. Allí habían retirado los isleños sus tesoros, poniendo su centro de operaciones en Santa Brigida.

Van der Roës tuvo que decidirse a penetrar en el interior. Pero ya todas las fuerzas canarias, junto con un destacamento que procedía de Tenerife, se habían atrinchado en las Vegas y el Batán. Allí dieron buena cuenta de la columna holandesa que se había internado en aquellos lugares, haciéndolos huir y cobrando rico botín en arma-



mento. Pero Van der Roes, teniendo vengre acometido por todas las fuerzas de la isla, huyó de la ciudad, quemando ésta y todos sus graneros y eras. Saliendo de la capital, se dirigieron los holandeses por los arenales, dejando a su espalda la ciudad convertida en una hoguera.

Hizo un nuevo intento en la Gomera, pero Van der Roes hubo de retirarse de Canarias, siendo su escuadra la más poderosa que había visitado las islas.

SIGLO XVII

Peste y nuevas invasiones

En los primeros años del siglo la peste cundió en Canarias. Dos buques, procedentes del Levante español, y que fondearon en Garachico, principal puerto del archipiélago, en la isla de Tenerife, fueron los portadores de la epidemia, que cundió por todo el archipiélago. Seis años duró la epidemia.

En 1618 hay de nuevo una invasión en Canarias, siendo esta vez turca, y su objetivo la isla de Lanzarote, de cuya capital, Tegueste, se apoderaron, incendiando su caserío. Hicieron numerosos prisioneros, y aparte el botín, llevaron consigo mil cautivos de ambos sexos al dejar Lanzarote.

Este acontecimiento decide en 1625 el nombramiento de capitanes generales para el archipiélago, con el encargo de fortificar las ciudades y mejorar las milicias de las islas.

A mediados del siglo, el pirata Sir Roberto Blake, enterado de la presencia en Tenerife de navas procedentes de América, intentó apoderarse de ellas. Treinta y seis navas constituía la armada del inglés Blake. Entrados estaban ya los tinerfeños de su presencia, y disponen la defensa desde los buques españoles surtos en el puerto y desde los castillos de ribera. Dos horas duró el intenso cañoneo por ambas partes. Al no poder apoderarse de los buques mercantes españoles, prendieron fuego a ellos los ingleses. Quedando sólo dos navas de guerra, decidió el almirante español, Diego de Egues, prenderles fuego y volarlas, con grandes pérdidas de los enemigos que intentaban abordarlas. Continúo Blake intentando romper la resistencia de la plaza en vano. Llegada la noche, se tuvieron que alejar sin obtener ningún trofeo.

La sociedad

Este siglo XVII se distinguió por la existencia de funcionarios infieles, jueces prevaricadores, generosos despóticos y rapaces, visitados por complacientes y de autoridades y corporaciones que seguían costosos litigios. Sólo una persona se libró de todo ello: el Obispo Bartolomé García Jiménez. El fue causa de paz y benevolencia, hasta su muerte en Santa Cruz de Tenerife, en el año 1690. Su liberalidad era inagotable y con sus consejos y advertencias logró llevar la paz a muchas comarcas.

Agricultura

Este siglo XVII fue más próspero que los anteriores. Los vinos canarios, codiciados por los ingleses, supusieron una



gran fuente de riqueza para las islas. Los puertos crecieron, sobre todo el de Garachico (Tenerife), que se convirtió en el principal del archipiélago por el embarque de los vinos de malvasía.

La falta de mano de obra para las labores agrícolas trajo consigo la mercadería de esclavos, procedentes del Senegal. Su venta era permitida, bajo pretexto de ser bautizados.

En la agricultura del siglo XVII se introducen dos productos americanos: la papa (originaria del Perú) y el millo (originario de Méjico).

Las letras

En las letras comienza la marcha de los hijos nobles al extranjero, en busca de una educación refinada, para ocupar posteriormente altos cargos en el país. Pero el movimiento intelectual seguía siendo lento y escaso. A principios de siglo se imprimieron las obras de Cairasco (Templo Militante) y Viana (Antigüedades de las islas Afortunadas). Cairasco muere en 1610.

Fue un siglo próspero en Memorias históricas. Durante él se escribieron, entre otras, las de Abreu y Galindo, López de Ulloa, Núñez de la Peña, Luis de Anchieta y Marín y Cubas.

En este siglo se establecieron los jesuitas en Canarias, y abrieron sus colegios a los jóvenes de las islas, mejorando el estado intelectual del país, ofreciendo a la juventud los medios de instruirse, sin necesidad de los gastos que suponía trasladarse a las Universidades del Reino.

SIGLO XVIII

Penalidades: sequías y volcanes

Comienza el siglo con grandes penalidades: sequía y hambre. En Lanzarote y Fuerteventura se veían caer muertos de inanición a hombres y animales. Los supervivientes huían a Tenerife y Gran Canaria. A ello se unió la presencia de la fiebre amarilla, que importada de la Habana, apareció en Santa Cruz haciendo numerosas víctimas.

A fines de 1704, por si fuera poco todo lo anterior, se produce una erupción volcánica sobre la degollada de Albércigo, cerca de Güimar. Gracias a Dios, lo desolado de aquellos terrenos hizo que no hubiera que lamentar pérdidas de bosques, viñedos ni pastos. Pero a los dos meses del anterior, un nuevo volcán, entre Güimar y Arafo, causó grandes destrozos. Sus ríos de lava cegaron los barrancos que encontró al paso, amenazando a las ciudades.

Tres meses duraron las erupciones. El daño mayor fue el sentimiento de terror profundo que dejó en el ánimo de todos los habitantes.

Un año después, otra erupción volcánica fue mucho más desastrosa por la zona en que se produjo. Fue Garachico el lugar elegido por el gigante Teide. La lava invadió y destruyó el muelle y su rada natural, yendo a parar al mar. Otra de las lenguas de fuego atravesó la ciudad y penetró en conventos, iglesias, bodegas, almacenes y casas. Locos de terror huyeron los habitantes, en confuso tropel y dando alaridos. La erupción duró 28 días. Al final habían desaparecido viñas, aguas, pájaros, puerto, comercio y vecindario y todo quedó cubierto por un ampalpais de cenizas volcánicas.

Piraterías, motines

Un nuevo grupo de piratas ingleses, al mando del almirante Jennings, compuesta de trece navíos, intenta de nuevo invadir el archipiélago, tocándole en suerte esta vez a Santa Cruz de Tenerife la defensa del archipiélago. Ante el fuego del castillo de San Cristóbal y la resistencia de los tinerfeños, que habían acudido del resto de la isla, el almirante inglés tuvo que abandonar su intento.

Varios motines se originaron en las islas a comienzos del siglo. El primero de ellos, en 1717, tuvo su causa en los desesos del Gobierno de monopolizar la venta del tabaco, en beneficio del erario público. Se nombró factor del impuesto a don Diego Navarro. Pero su labor no

fue llevada a término, pues el pueblo amotinado logró que se expulsara del archipiélago a dicho factor. Fue el centro de este motín La Laguna. Otros motivos, por diversos motivos, se originaron en el Hierro y Las Palmas.

Los abusos en la percepción de derechos de Aduanas, y en la renta del tabaco, que fueron origen de los anteriores motines en las islas, tenía soliviantado al pueblo. El clero, la nobleza y aun el mismo general, patrocinaban dichos abusos, y mantenían ocultos los fraudes y conclusiones que se producían en dichos aspectos. Ello había hecho caer en desgracia a los gobernantes, en especial al intendente Ceballos. Sólo faltaba un pequeño fuego que incendiara aquel barril de pólvora para que estallara el motín.

El centro del motín fue esta vez Santa Cruz de Tenerife. Enterado el pueblo que Ceballos había detenido a una muchacha de mal vivir, se amotinó y, agolpándose a la puerta de la casa del intendente, comenzó a apedrear sus ventanas, hiriendo al intendente. Apoderándose de él, lo pisotearon y dieron de puñaladas, arrastrando su cadáver por las calles en medio de salvajes gritos y asquerosas mutilaciones.

Enterado el general Juan de Mur bajó a Santa Cruz, apresó a doce de los amotinados y acelerando el proceso judicial los condenó a la horca, siendo sus cadáveres colgados de las troneras del Castillo de San Cristóbal. Envío a presidio a mucha gente más, confundiendo a inocentes y culpables. Las personas sensatas siempre acusaron a Mur de ser el principal instigador de aquel suceso. Pero dicha fama se perdió, llegando Mur a alcanzar el apelativo de «padre de los pobres» por la conducta desarrollada posteriormente en aliviar el hambre y la enfermedad de sus súbditos, empleando en ello su fortuna particular. Todo lo contrario de su sucesor, el marqués de Valhermoso, que con continuas arbitrariedades entorpeció el comercio insular, llevando al país a una gran anarquía.

Nuevas erupciones

En el año 1730 se produce un nuevo volcán, esta vez en la isla de Lanzarote, cerca de Yaiza. Las explosiones del volcán fueron tan intensas y violentas que se oían desde Gran Canaria y Tenerife. Surgió una columna de humo a gran altura, denso y negro. La erupción duró siete años. En 1737 comenzó a extinguirse el fuego, cubriéndose de apagadas cenizas sus numerosos cráteres. Las montañas vecinas al volcán recibieron el nombre de «montañas del fuego», donde la temperatura no baja de cincuenta grados.

La Universidad: primer intento

En 1744 se abre la primera Universidad literaria de Canarias, en la ciudad de La Laguna, convento de San Agustín. Pero las intrigas y celosa envidia de otras comunidades religiosas hicieron que se tardase menos en cerrarla que en abrirla.

Calamidades

En 1766 una gran inundación, denominada «temporal de Reyes», por el día en que acaeció, 6 de enero, sobrevino a la ciudad de Las Palmas. Desbordado el barranco Guiniguida, dio buena cuenta de fincas, puentes, calles y huertas.

Hasta 1772 continuaron las calamidades, sequías y hambre, sobre todo en las islas de Lanzarote y Fuerteventura. Pero en compensación a las calamidades que habían azotado al archipiélago en todo este siglo, se recibió en dicho año de 1772, una gran noticia: el archipiélago canario quedaba comprendido entre las provincias que podían ejercer libremente el comercio con los puertos menores de Indias. Este privilegio había de producir grandes ventajas a todo el archipiélago.

Primera emigración

Con autorización del Gobierno salieron de los puertos de estas islas varias expediciones con objeto de poblar La Luisiana, recientemente cedida a España, en cuyas lejanas costas fueron a establecerse más de cuatro mil isleños, llevando allá nuestros usos y costumbres. Esto tuvo lugar en 1778, fecha de la primera emigración canaria en tiempo de la hispanización.

La cultura

A fines de este siglo XVIII surgen en las islas un Seminario y varias sociedades económicas, que fomentarían los intereses agrícolas e industriales del archipiélago. Surgieron tres, una en cada isla de Gran Canaria, Tenerife y La Palma. Integradas por personalidades de la isla, recibieron del Gobierno el encargo

de velar por la mejora de la agricultura, sus instrumentos de labranzas, explotaciones de aguas e introducción de nuevos cultivos. Igualmente se impulsó la industria de la seda, lana y lienzos, sombreros, curtido de pieles, alfarería, pesca de ribera y de altura en las vecinas costas africanas. Se fomentó la replantación de bosques y vigilancia de los mismos y se dictaron normas para los riegos.

Debido al impulso de estas sociedades, surgieron las primeras imprentas en las dos capitales de las islas mayores, y se creó un periódico semanal.

De todo ello fue patrocinador e impulsor el Obispo Servera, a quien le cupo en gloria también el colocar la primera piedra del Hospital de San Martín, en la ciudad de Las Palmas.

Terminada el siglo XVIII, y con ello Viera y Clavijo terminaba su gran obra denominada «Noticias de la Historia General de las Islas Canarias». Muy poco faltó para que la Inquisición pusiera en el índice dicha obra. Insistía en ello el Santo Oficio, pero las censuras sobre dicha obra quedaron sin efecto, y la obra del ilustre isleño ha pasado a la posteridad en su integridad.

Nelson

Pero de nuevo, cuando finalizaba el siglo, la ruptura de la paz anglo-española, dio lugar a nueva presencia de corsarios ingleses en nuestras aguas, interrumpiendo el tráfico interinsular, que había adquirido gran pujanza. Entre dichos corsarios se encontraba el almirante Nelson, que con una división y nueve buques y dos mil hombres de desembarco se presentó en Tenerife. Después de varias





maniobras, intentó Nelson desembarcar, atracando al muelle. Una bala de cañón del cuartel de San Cristóbal le fracturó el brazo derecho, hiriendo a varios oficiales ingleses una descarga de fusilería. Las tropas que habían quedado en tierra fueron sitiadas, y tras capitular, Nelson y su escuadra hubieron de abandonar la isla. Por esta gesta, Santa Cruz obtuvo el título de Muy Leal, Noble e Invicta Villa, puerto y plaza de Santa Cruz de Santiago, el 28 de agosto de 1803, seis años después de la derrota de Nelson.

Sistema gubernativo

Seguía en el siglo XVIII la inicial división de Canarias, en islas de Señorío (Fuerteventura, Lanzarote, Gomera y Hierro), y de Realeño o de la Corona (Gran Canaria, Tenerife y La Palma). Las primeras pertenecían como feudo a varias familias nobles del reino, mientras que las otras tres pertenecían directamente al monarca desde la época de su conquista.

La Universidad: segundo intento

Era La Laguna el centro intelectual del archipiélago, a fines del siglo XVIII. En 1792 se obtuvo una Real Cédula para instalar en ella la Universidad. Se designó como local el colegio de la Concepción, que había quedado vacío tras la expulsión de los jesuitas de España. Pero la creación de un centro laico, sustraído a la inspección directa del clero, y otros motivos de sus asignaciones económicas, dieron de nuevo al traste con la idea de crear la Universidad.

SIGLO XIX:

El Obispo Verdugo

Comienza el siglo XIX, y en él destaca la labor del Obispo Verdugo, en la isla de Gran Canaria. Primer Obispo natural de estas tierras, y cuya labor quedó esculpida en piedra en numerosas obras que finalizó o acometió. Entre ellas citamos la terminación del Hospital de San Martín, de la plaza de Santa Ana, y de la Catedral, y el Puente de Piedra. No le faltaron disgustos al

venerado Obispo con el Santo Oficio, y célebres son sus palabras cuando las Cortes decretaron la supresión del Tribunal: «hacía tiempo que debía haber desaparecido un establecimiento no sólo antipolítico, sino también anticristiano, baluarte de la ignorancia y del fanatismo (palabras al Congreso, el 3 de abril de 1813).

La Junta de La Laguna

Continúa uno de los momentos históricos de Canarias, por la abdicación de Fernando VII y la presencia en España de José Bonaparte. La ignorancia concreta de los hechos en Canarias, produjo la creación de la Junta de La Laguna, ciudad que pretendía el poder de todo el archipiélago, en contra de los intereses de Santa Cruz como residencia de los comandantes generales, y Las Palmas con la Audiencia y Catedral. Se opuso fuertemente Las Palmas, pero la Junta Central de Sevilla sancionaba todos sus actos, reglamentando su acción gubernativa, con fecha 19 de septiembre de 1808. En una comunicación disponía la Junta Central, que la Junta de La Laguna recibiera el nombre de «Junta suprema de las Islas Canarias, pudiendo enviar un diputado que la representara en la Central.

Al recibir estas facultades soberanas se incubió la Junta de la administración económica de Canarias, nombrando las personas más adictas y resolviendo todos los asuntos de interés general. Se fijaron normas para la provisión de empleos militares y eclesiásticos. Se decretaba que las demandas civiles y criminales se siguieran por los magistrados o tribunales de la isla, con apelación a la Junta de La Laguna o en su caso a la de Sevilla. Los cargos de justicia se nombraban así: los alcaldes ordinarios seguirían siendo nombrados por el pueblo; los corregidores y jueces de letras por la Junta de La Laguna; los gobernadores militares o políticos a propuesta en forma del comandante general por la Suprema de Sevilla.

Por su lado, la Audiencia de Las Palmas seguía teniendo encarcelados en

Tenerife a su regente y fiscal, que consiguieron huir y embarcar para Las Palmas, siendo recibidos con gran triunfo.

Motines

Toda esta situación, captada por el pueblo canario, poco avezado en la política, y viendo que sus anteriores autoridades eran despreciadas y conculcadas a prisión, sintieron resquebrajarse todas sus viejas ideas de respeto y sumisión. No comprendían la soberanía popular, ni la sustitución de poderes, pues la historia política había sido muy corta en las islas. Se produjo entonces un espíritu de insubordinación y anarquía, siendo la primera víctima el presidente de la Junta de La Laguna, el marqués de Villanueva del Prado. Poseía este marqués, en la Aldea de San Nicolás (Gran Canaria), un vasto feudo que cultivaban como arrendatarios un grupo numeroso de labradores, quienes dividieron entre sí los terrenos y se constituyeron en dueños y señores de los mismos. El 6 de junio de 1809, y viendo las consecuencias de la rivalidad por la capitalidad de la provincia, la Junta de Sevilla decreta la disolución de la Junta de La Laguna.

Mientras tanto, tropas canarias habían salido para la Península, para participar en la lucha contra los franceses.

Pero posterior a los motines de la Aldea, y otros que se habían producido en Teror, Moya, la Orotava y Arceife, llega a Canarias la fiebre amarilla, traída desde la Península en los barcos correa que hacía el servicio con Cádiz. El no distinguir la enfermedad hizo que ésta se expandiera desde Santa Cruz hasta otras ciudades del interior y otras islas. La epidemia duró dos años, hasta fines de 1811.

Abolición de señoríos

Durante este año 1811 las Cortes decretan la abolición de los señoríos de toda la nación. Ello llenó de alegría a las cuatro islas sujetas a señorío, entrando desde entonces en el concierto de la libertad de la corona. Con ello acababan los últimos restos de feudalismo existentes en el archipiélago.

Disputas por la división

En 1813 surgen de nuevo las disputas por la capitalidad. Esta vez será Santa Cruz la que se constituye en centro de gobierno político, administrativo y militar de la provincia, favorecida por todas las autoridades que allí fijaron su residencia, dotada del mejor puerto que entonces existía en el archipiélago, y con una numerosa colonia de empleados que daban vida y animación a la ciudad. Así logra su supremacía sobre sus rivales de Las Palmas y La Laguna, aunque le faltara sus títulos. Pero en medio de esta lucha por la capitalidad, concluye la guerra con Francia, y el rey Fernando entra en España aboliendo por Decreto el régimen constitucional y todas las resoluciones de las Cortes de Cádiz. Ello hace que se vengan abajo las pretensiones de Santa Cruz, continuando el sistema gubernativo anterior.

Creación de la Universidad

1816. Por fin se establece la tan deseada Universidad de San Fernando, en la ciudad de La Laguna. Disponía esta Universidad Literaria de doce cátedras: una de Humanidades, tres de Filosofía, seis de Derecho Civil y Canónico y dos de Teología. La Universidad se abrió solemnemente el 27 de febrero de 1817. Pero no fue muy larga su vida, además de lánguida, pues siempre tuvo escasez de alumnos. La caída del régimen constitucional el 2 de diciembre de 1823, suprime la Universidad. El error fue debido a las ideas liberales del claustro de profesores. Vuelve a abrirse en 1825, volviéndose a cerrar en 1830. Pero muerto el rey, se vuelve a trabajar en la reapertura, lográndose en 1834. Pero el movimiento de reacción de Narváez vuelve en 1845 a convertir a la Universidad en institutos provinciales.

Canarias al concluir la primera mitad del siglo XIX

Es en la primera mitad de este siglo cuando se producen las divisiones en el archipiélago y la lucha por la capitalidad. Consecuencia de ello fue también la división del Obispado en dos sedes: la antigua de Canarias y la nueva de Tenerife. La división eclesiástica fue en dos provincias: la de las islas orientales (Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura) y la de las islas occidentales (Tenerife, La Palma, Gomera y Hierro).

La enseñanza en Canarias seguía un plan muy precario. Sólo existían 37 escuelas de niños y 16 de niñas, dirigidas por maestros, de los cuales no todos tenían el título profesional. Aparte algún que otro liceo privado y escuela de dibujo en Las Palmas y de náutica en Santa Cruz.

Comenzaron entonces las ediciones de periódicos en Santa Cruz. Entre sus nombres podemos citar *El Tinerfeño*, *El Zurriago*, *El Teide*, *La Hoja Amarilla*, y por último el *Atlante*, que fue el único que consiguió mayor regularidad. Tres imprentas existían entonces en Tenerife. En Gran Canaria renqueaba la antigua imprenta de la Sociedad Económica.

Segunda mitad del siglo XIX Prosperidad y miseria: el cólera

Comienza esta época con la declaración de mayoría de edad de la reina Isabel II. En las islas se prestó juramento a la reina, en medio de grandes festejos y funciones religiosas.

Posteriormente, el alzamiento de Alicante y Cartagena trae a las islas la declaración de la ley marcial, sin fundamento ninguno. Se disuelven las tropas, lo que trae grandes beneficios, pues el presupuesto asignado a ellas es empleado en obras de fortificaciones y otras obras civiles, como puertos y teatros (el de Cairasco en Las Palmas), y el casino denominado Gabinete Literario, que había de constituirse en el centro del pensamiento gran canario. En Santa Cruz se inaugura una Academia de Bellas Artes.

Sin embargo, en las islas de Lanzarote y Fuerteventura seguían los rigores del hambre producidos por la falta de lu-

via, unido a otra plaga de langostas. Por estas fechas llegó también a Canarias el misionero P. Claret.

Comenzaron también a pasar por el puerto de Tenerife las líneas de vapores ingleses, con destino a América y África del Sur, que abandonaban su anterior escala en la Madeira.

La cuestión de la capitalidad, que tanto había exacerbado los ánimos en los primeros lustros de este siglo, pasaba ahora a segundo plano, al verse Gran Canaria compensada con el desarrollo que iba adquiriendo su agricultura, con el alto precio de la cochinilla en los mercados extranjeros, y la gran atención a la enseñanza pública, con escuelas públicas y privadas, entre las que destaca el Colegio de San Agustín, dirigido por don Antonio López Botas. Pero todo ello tuvo como contrapartida la aparición del cólera, procedente de Cuba, que hizo su aparición en Las Palmas. Había días en que los muertos eran más de 180. Desapareció la epidemia al cabo de dos meses, dejando una lista de 6.000 víctimas. Ello trajo cuantiosas pérdidas de cosechas e industrias, y el comercio quedó casi destruido, quedando la isla condenada a una existencia trabajosa y estéril.

Nuevo intento de división

En medio de todas estas penas, los diputados de la isla don Jacinto de León y don Cristóbal del Castillo, en unión del Obispo Codina, consiguen del Ministro de la Gobernación don Manuel Beltrán de Lis la separación de las dos provincias, por Real Decreto del 17 de marzo de 1852. En esas mismas fechas se declaró la franquicia de puertos en

Canarias. Exceptuaba el Gobierno de estas franquicias los cereales, con el fin de favorecer la agricultura isleña, pero dejaba libre la introducción y el cultivo del tabaco, nueva industria que, auxiliada por el clima, ofrecía un gran porvenir.

En 1854 un cambio de Ministerio anuló la separación concedida de provincias. Volvieron a encarnizarse la lucha entre las islas mayores, representadas por sus respectivos periódicos: *El Canario* y *El Eco del Comercio*, que luchaban sobre todo por la candidatura de los futuros diputados a Cortes.

Con el año 1858 llega por fin la tan deseada división. Esto ocurría el 27 de enero, y la orden la daba don Francisco Javier Istúriz, ministro de la Gobernación, por Real Decreto, estableciendo dos distritos administrativos en la provincia: uno el oriental y otro el occidental.

La exposición provincial

En 1861 se hace en Las Palmas la gran exposición provincial. La iniciativa corrió a cargo del Gabinete Literario, cuyo presidente, don Antonio López Botas, al mismo tiempo alcalde de la ciudad, eligió las Casas consistoriales para sitio de exposición. Se inauguró ésta el 29 de abril, y duró 43 días, asistiendo 6.000 personas a visitarlas. Se establecieron medallas de oro, plata y bronce para los tres mejores expositores de cada una de las secciones. Estaban compuestas estas secciones por la agricultura, la industria y las artes liberales. Existían además diplomas y menciones honoríficas, y un premio extraordinario de 2.500





pesetas para el mejor tabaco elaborado presentado al concurso. Tomaron parte en el certamen las islas de Tenerife, Lanzarote, Fuerteventura y Gran Canaria.

Fiebre y miseria

De nuevo la fiebre hizo su aparición en el archipiélago, tocándole esta vez a Tenerife. Inmediatamente se aislaron las seis islas restantes de la capital, así como sus mismos pueblos del interior. Sólo duró cinco meses, y el número de muertos fue de unos quinientos.

Anarquía

De nuevo, en 1868, al tenerse noticia de la prescripción de la dinastía de los Borbones, y los alzamientos de Madrid y otras provincias, en Canarias se refleja dicha anarquía en el levantamiento de las Juntas insulares, que se declaran independientes unas de las otras, dictando medidas en sentido liberal y revolucionario; desaparecieron los Ayuntamientos existentes, decretóse la supresión del Cuerpo de vigilancia pública y se acordó el alistamiento de la milicia ciudadana. Se abolió con gran aplauso los consumos, y se proclamó la libertad comercial, concediéndole el dotal a los presos políticos.

En Las Palmas se dictaron órdenes especiales para la creación de una provincia independiente, nombrándose gobernador civil; se decretó la expulsión de los jesuitas, y la excomunión de monjas.

En La Laguna se instala una Escuela Libre de Derecho. En la Orotava se expulsan a las monjas de un convento.

Poco dura esta situación, pues el 20 de octubre del mismo año, el Gobierno envía un nuevo gobernador a las islas, al que las Juntas insulares terminan sometiendo. Después continuará la lucha de los Partidos políticos para la elección de diputados en las Cortes Constituyentes.

Se produce entonces la nueva Constitución monárquica, y los grupos republicanos organizan sus manifestaciones pacíficas en contra de ella, sin atreverse el gobernador a disolverlas. Las reuniones de carácter democrático, en contra de la monarquía, se sucedían en las islas.

Amparándose en la supresión de las garantías constitucionales, promulgada en la Península a fines de 1869, el gobernador Estrada usó sus facultades dictatoriales para disolver casinos, tertulias y sociedades donde germinaban las ideas innovadoras, suprimiendo algunos periódicos. Se produjeron deportaciones de los miembros más señalados del Partido democrata, y muchas destituciones. Enterados en Madrid de tal actitud del gobernador Estrada, decidieron trasladarlo a la provincia de Huelva. El día que el gobernador abandonaba Canarias fue despedido con una inmensa silba.

La República

El 21 de febrero de 1873 se tiene la noticia oficial de la abdicación del rey y la proclamación de la República. Todo ello se recibió con gran júbilo en Canarias, organizándose manifestaciones, banquetes, salvas, etc. En abril de 1873, tomaba cargo de su nombramiento de gobernador civil de la provincia canaria el tinerfeño Miguel Villalba Hervás.

No duró mucho Villalba en su gobierno. El golpe de Estado del general Pavía, el 3 de enero de 1874, cerraba el período revolucionario, proclamándose la ley marcial, y disponiéndose que fueran desarmados los voluntarios de la libertad, recogiendo sus armas. Entró de nuevo a ejercer el gobierno el Partido monárquico.

Vuelta de los Borbones

En el primer correo de 1875 llegaba a Santa Cruz la noticia de la restauración de la monarquía borbónica en España con Alfonso XII. Se nombró gobernador civil de Canarias a don Vicente

Clavijo, monárquico conservador, abogado del país, quien recibió órdenes y facultades dictatoriales. Consecuencia de esta nueva política es la supresión del Instituto de Las Palmas.

A fines de siglo también se concluyeron las obras del frontis de la catedral de Las Palmas, se creó el Museo de Antigüedades Canarias, que primero instalado en los locales del Ayuntamiento de Las Palmas pasó a su edificio actual, en una casa donada por el doctor Chil, en 1925.

También a fines de este siglo crece gran impulso el Jardín Botánico de la Orotava. Creado en 1788, los primeros catálogos de sus variadas plantas se publicaron en 1889.

La agricultura

En la segunda mitad del siglo XIX el cultivo de la cochinilla seguía en auge, alcanzando una gran riqueza para el país, que se traducía en todas las clases sociales.

El temor que los canarios tenían a que desapareciera el cultivo de la cochinilla por la aparición de productos químicos a un precio que hacía imposible la competencia en el mercado, tenía sus grandes fundamentos. Así, a la gran época de auge de la cochinilla siguió el fracaso a fines de este siglo. Se tomó como solución volver a las plantaciones de caña de azúcar, vulgarmente denominadas en las islas, que hicieron extensos plantíos, y se impuso moderna maquinaria para su elaboración.

Fin de siglo

Dos grandes hombres vinieron a unirse al gran progreso de las islas en las últimas décadas de este siglo. Fueron éstos don Fernando de León y Castillo, hombre liberal, erudito, abogado, que formando su propio Partido político, absorbió en él a todas las fuerzas vivas. Elegido diputado en las Cortes, por la Gran Canaria, llegó posteriormente a ser Ministro de Ultramar. El padrino de León y Castillo sobre Canarias, logró influenciar notablemente en el desarrollo de las islas.

Igualmente un nuevo general, llamado don Valeriano Weyler, destacó en la labor del progreso de las islas. Santa Cruz le fue hijo adoptivo. A él se deben los edificios de la Capitanía General en Santa Cruz y del Gobierno Militar en Las Palmas.

En 1881 se aprueban las obras del puerto de Refugio de la Luz, hoy denominado Puerto de la Luz. Diseñado por don Juan León y Castillo, y apoyado por su hermano Fernando, diputado y Ministro de Ultramar. Las obras fueron encomendadas a la Compañía inglesa Swanston, comenzándose en 1883.

Otra gran obra veía su realización en este mismo año 1883. La unión del archipiélago con la Península por un cable submarino telegráfico. Como es normal, surgió en seguida las disputas, sobre cuál de las islas debía ser el punto de enlace con Cádiz. Por fin, tal elección recayó en Tenerife, influenciada por Weyler.



déjese llevar
a la alegría...

Sumérjase en el alegre mundo
del nuevo **VENCEDOR**.
Joven, suave, fresco...
con todo cuanto usted esperaba
de un cigarrillo.

nuevo

Vencedor

EXTRA CON FILTRO



